

El perdón de las ofensas

Daniel de Naúm, hijo de Santiago, había sido desde niño despiadado y cruel. Su madre creía que era una criatura del diablo, y aquellos que andaba de correrías con él terminaban siempre su suerte encadenados en una mazmorra o envueltos en un sudario. Incluso él mismo había sido prendido en dos ocasiones, y a la edad de dieciséis años los alguaciles le habían azotado en público para escarmentarle por un delito.

Pero su maldad no tuvo verdadera expresión ni alcanzó la fama que merecía hasta que Pedro, el patrón de una familia de pescadores, llegó a vivir a la aldea. Construyó su casa junto a la de Daniel, a la distancia de dos varas, y desde el primer día mostró su nobleza y su generosidad llevando unos peces para obsequiar a sus nuevo vecino. Daniel tomó los peces que le eran ofrecidos y sin otra gratitud se los echó a las bestias del corral. Pedro, que no había escuchado hablar de la perversidad de Daniel, creyó que aquella ofensa tenía una causa, y preguntó con humildad de qué daño anterior que él hubiera cometido era castigo. El canalla se rio con carcajadas de hombre soberbio y le expulsó de la casa.

Daniel supo desde aquella noche que el hombre manso que le había visitado habría de ser buena víctima de sus caprichos. En la expresión del rostro, en los ojos, blancos como el cielo con la luz del invierno, se veía la resignación. Su esposa y sus tres hijos también mostraban la misma sumisión, la conformidad de ánimo: hablaban poco y en voz muy baja, caminaban siempre mirando hacia la tierra que pisaban, y a la hora del crepúsculo, cuando comenzaba a oscurecer, se reunían para rezar.

Fue a la mujer de Pedro a quien ofendió Daniel la siguiente vez. La espío mientras se bañaba en el río únicamente vestida con una saya, y se dejó



ver luego ante ella, saliendo de su escondite, para envanecerse del ultraje. Cuando encontró después a Pedro junto a otros pescadores de vuelta de la faena, le dijo burlándose que a su mujer todavía se le sujetaban firmes los senos. Pedro sintió cólera y alzó un arpón para golpearle, pero el brazo le tembló y tuvo que soltarlo. Se marchó de allí llorando, y Daniel, que reía otra vez con soberbia, tuvo ya la certeza de que aquel hombre cobarde soportaría todos sus escarnios.

Tres semanas más tarde de aquel encuentro, cuando las lluvias habían comenzado a azotar y los vientos atronaban sobre el mar sacudiéndolo, Daniel, que pasó por el embarcadero en su carro de vuelta a la casa, se detuvo al ver la barca de Pedro y, sin más pensamiento, corrió entre la tormenta para desamarrarla. Contempló cómo las olas se la tragaban. Allí parado, con la ropa empapándosele mientras miraba a través de la espesura de agua que ennegrecía el cielo, se dio cuenta de que aquellas vilezas, que para otros eran vergüenzas, a él le producían un extraño placer.

Pedro fue a predicarle cuando supo que la barca había desaparecido. Aunque su esposa y sus amigos le advirtieron de que la tormenta podría haberla arrastrado a la marea, él sabía que había sido Daniel quien había desanudado la cuerda que la sujetaba. Se arrodilló frente a él, humilló la cabeza y le pidió perdón. “No sé en qué te he ofendido”, dijo, “pero en algo grande ha de ser para que me pagues de este modo. Te ruego que me des penitencia o me absuelvas del pecado, sea cual sea”. Daniel se descalzó los pies y le pidió que se los besara. Pedro lo hizo, creyendo que con aquel gesto limpiaba al fin la culpa por la que era castigado.

Pero al ver Daniel que su rufianería no engendraba en aquel hombre rencor, sino servilismo y conformidad, la reafirmó aún más. Despabiló su ingenio para descubrir nuevas infamias, deshonras más ignominiosas, traiciones, engaños y monstruosidades con que alimentar su vicio. Se levantaba a medianoche, despierto del sueño, imaginando una fechoría o un perjurio, y no descansaba luego hasta cumplirlos.

Difamó a Pedro públicamente y le hizo llevar a juicio con acusaciones falsas. Robó algunos de sus bienes, que eran tan escasos como la pobreza exigía, y asoló seis cosechas consecutivas de su huerto, que la esposa y las hijas cuidaban para tener algo de alimento. Hundió las barcas de aquellos pescadores que acogían entre su marinería a Pedro hasta que no quedó nadie que lo hiciera. Sacrificó animales que les ayudaban y desvió el curso de ríos para que arrasaran sus tierras. Incendió sus ropas. Pegó al hijo varón en una pelea de hombres que él provocó. Dishonró a las hembras, como había hecho ya con la madre, con lascivias y groserías.

Pero el anciano Pedro no respondía ya nunca a estas hostilidades. Salfía de la casa antes del amanecer, cargado con las redes y los aparejos de la pesca, y regresaba cuando el sol estaba poniéndose. A veces se acercaba hasta la casa de Daniel y le llevaba regalos: peces, hortalizas que no habían sido destruidas, leche. Daniel se lo echaba siempre a las bestias delante de él y luego le expulsaba con burlas. Pedro volvía con su esposa y con sus hijos para rezar y se sentaba después junto a la luz de una vela a escribir en un libro, pacientemente.

Aquel sereno consentimiento acabó por enfurecer a Daniel, quien no veía agravio si no había queja. Por eso violó un día, en los campos de olivos, a la hija mayor de Pedro, confiando en que esa afrenta despertara su ira de nuevo. Pero no fue así. Ni cuando la llevaron ensangrentada y desnuda a la casa, ni cuando meses después nació el niño bastardo, fue posible hallar en el rostro de Pedro rabia. Desfloró entonces Daniel a la otra hija, a la más pequeña, y abusó con pecado de sodomitas del hijo varón, pero siguió sin lograr que el anciano le acusara y mostrase odio. Al contrario: le llevaba sus regalos, que él daba a los puercos, y volvía luego con su familia.

Daniel no imaginaba ya qué mal, salvo el de la muerte, podía causar a aquel hombre para que se soliviantara. Continuaba asolando sus cosechas y destruyendo sus bienes, y cuando no tenía mujer ni encontraba ramera acudía a las hijas del anciano, que le recibían con llantos. Los años fueron pasando en esa costumbre, y un buen día, cuando Daniel había olvidado ya la juventud, Pedro se llegó a su casa con los aparejos de la pesca y con el libro en el que muchas noches escribía a la luz de una vela, cuando los otros se habían dormido. Daniel le recibió blasfemando, como solía, pero en seguida se dio cuenta de que aquel día había una expresión distinta en el rostro de su enemigo y calló. Pedro se puso frente a él y, sin humillar los ojos ni arrodillarse como hacía siempre que le visitaba, comenzó a hablar:

Una vez le pregunté a mi maestro, el galileo, si debía perdonar a mi hermano una ofensa, o dos ofensas, o siete ofensas. Él me respondió que no siete, sino setenta veces siete. Era sabio y prudente, y yo le he obedecido. Aquí tienes la memoria de tus ofensas —dijo entregándole el libro, en el que Daniel leyó, hoja tras hoja, una lista de daños y pecados que él mismo había cometido—. Hay cuatrocientas noventa y una, una más de las que deben ser perdonadas.

Entonces levantó el arpón y apuntó al pecho de Daniel. Esta vez no le tembló el brazo, y, aunque era un hombre viejo, sin fuerzas, descarnado, clavó el arma rectamente en el centro del corazón.